

*Martí y su concepción del mundo*, por Roberto D. Agramonte, Ex-profesor de la Universidad de La Habana. Actual Profesor de la Universidad de Puerto Rico, Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1971.

Se trata de un volumen en tamaño de cuarto con nada menos que 815 páginas todas ellas dedicadas a exponer y comentar la filosofía general o concepción del mundo de Martí. No se ocupa este volumen del pensamiento social y político de Martí, pues a tal tema dedicará el autor otro volumen. Para elaborar este libro, su autor ha consultado 64 tomos de la colección de obras completas de José Martí, que abarca 74 volúmenes.

Roberto D. Agramonte dice que "Martí fue, en verdad, un hombre de genio; y dentro de un pueblo un genio es siempre una sorpresa... tan impresionante como su obra es su vida. A ella en conexión con su ideario podrían aplicarse estas grandes palabras de Alfred Weber: 'hay una vivencia de fuerzas inmanente-transcendentales que actúan en el hombre, y tienen su asiento en lo espiritual en él, fuerzas que actúan hacia algo misterioso: hacia el sacrificio de sí propio, hacia la consagración de un círculo de prójimos, hacia la síntesis entre él y el mundo, en documentos, en obras de arte, en ideas, en normas morales situadas más allá de cualquier finalidad utilitaria, y a veces en radical contradicción con ésta. Tal es el sentido del espíritu en el mundo'".

Señala Agramonte que al presentar en este estudio a Martí, a más de Apóstol como filósofo, se ha de ver que su vida constituye una lección suprema para los filósofos, la lección de la acción; y para los hombres de acción la de percatarse de que a más de la acción, Martí poseyó una filosofía integral que creó a aquélla.

De los títulos de los capítulos del presente libro —y del título central— es fácil colegir que el autor ha seleccionado, organizado de modo sistemático y analizado lo mejor del saber principal, de Martí, dando por implicado lo biográfico, el ambiente y el marco meramente literario que no han sido objeto especial de un tratamiento; y que, por otra parte, constituyen los aspectos más estudiados y los más conocidos por los lectores del Apóstol. Agramonte ha puesto especial interés en potenciar la dimensión universal del pensamiento de Martí, y ha realizado esa tarea de una manera magistral y perfecta. En la presente reseña me parece más oportuno apartarme un poco del orden expositivo de la obra y empezar con la parte final del capítulo IV, donde presenta los caracteres de la filosofía martiana, sin perjuicio de observar después las más de las veces el mismo orden del libro presentado y documentado.

Martí no fue un filósofo consagrado a la construcción de un sistema. No quiso producir "aquellas luengas y terminadas obras que se escribían pausadamente año sobre año, en el reposo de la celda, o en el sillón de cordobán..." Afirma Martí que "por los sistemas cerrados a nada se llega, ya que en todo sistema hay su tanto de verdad". Frente a las construcciones filosóficas cuadrículares y a doctrinas preestablecidas, asevera: "las universidades y los latines han puesto a los hombres de manera que ya no se conocen; en vez de echarse unos en brazos de los otros atraídos por lo esencial y eterno, se apartan, por diferencias de mero accidente; ... el hombre queda amoldado sobre el libro o maestro enérgico con que le puso en contacto el azar o la moda de su tiempo; las escuelas filosóficas, religiosas o literarias encogullan a los hombres, como al lacayo la librea; los hombres se dejan marcar, como los caballos y los toros, y van por el mundo ostentando su hierro". En ello armoniza Martí con el trascendentalismo norteamericano, sobre todo

de Emerson, que no es dogmático ni sistemático. Identificándose con el movimiento romántico y declarándose discípulo de Victor Hugo, afirma: "en las estrecheces de una escuela yo no vivo. Ser es más que existir; grandeza es más que escuela". Martí salva el valor, "esa noble inconformidad con ser lo que se es, que generan todas las escuelas filosóficas". Inteligencia equilibrada, justa, armoniosa, Martí percibe lo que de radical tiene cada escuela, y sabe descubrir la verdad en lo que cada una afirma y el error en lo que cada una niega. Percatóse de que la filosofía es un balance razonado de ideas. Pero, he aquí que la filosofía es siempre pregunta abierta ante el enigma; y después de más de 25 siglos de meditar y de debatir, ningún sistema filosófico ha podido ser del todo invalidado.

Observa Agramonte que los filósofos de temple vital como Montaigne, como Nietzsche, como Unamuno, Santayana, como Ortega y Gasset, no se empeñan —aun rechazan— en crear arquitecturados sistemas filosóficos. Filosofan ante situaciones de la vida. No son filósofos de *sistemas*, como Aristóteles, Spinoza, Kant, Schelling, Stuart Mill, sino de *problemas*.

La filosofía martiana sigue la propia tradición de la filosofía cubana, que va desde el padre Caballero hasta Varona, consistente en ser una filosofía libre —en Caballero es una *filosofía electiva*. En tal virtud, no tiene cátedra, ni púlpito, ni escuela. Es asectaria. Quiere fundamentar sin ira de sectario. Secta filosófica, religiosa, literaria significan, para el Apóstol, "apartamiento de la especie humana en regiones enemigas". Piensa que el atiborramiento de las *escuelas* no deja a la juventud la frescura e individualidad propicias indispensables para la creación filosófica, como para toda especie de creación. Y de cara frente al sectarismo ideocrático exclama: "¡Asesino alevoso, ingrato a Dios y enemigo de los hombres, es el que so pretexto de dirigir a las generaciones

nuevas, les enseña un cúmulo aislado y *absoluto* de doctrinas, y les predica al oído, antes que la dulce práctica del amor, el evangelio bárbaro del odio!" De aquí que predique a todos la necesidad de formar el noble hábito del examen, que destruye el hábito servil de los criterios preconcebidos.

Martí es la encarnación del genuino humanismo, que Agramonte define como afirmación de la independencia del espíritu del hombre, y por tanto de su valor autónomo y dignidad —así según la idea renacentista; o como el descubrimiento del hombre en cuanto hombre según Burckhardt, o sea la reafirmación de todo lo humano— dignidad, libertad, razón, derechos en el sentido tanto del individualismo bien entendido como en el de la idea de humanidad. El concepto de persona humana es esencial a él: la reverencia a la persona humana; a los derechos humanos. El humanismo en Martí está definido como "el respeto por todas las doctrinas sean cualesquiera sus nombres, que busquen, con respecto a las demás, la plenitud del derecho humano, todo ello en los ámbitos filosófico, artístico, científico, cultural, religioso, político, económico y sociológico".

Esa actitud ante el mundo culmina en una mundividencia y método *armoniosos*. Cuando Martí se refiere a la virtud en cuanto distribuida por el universo equitativamente, entiende que es así "para que no se altere el equilibrio y para que venga a aparecer la armonía humana. Quiere que Cuba se mantenga en armonía de la equidad". La *armonía* es en Martí un concepto no sólo ético sino también estético o estético-ético, hasta el punto de que puede hablarse de la armonía como ley universal. "No hay manera de salvarse del riesgo de obedecer ciegamente a un sistema filosófico, sino nutrirse de todos, y ver cómo en todos palpita un mismo espíritu, sujeto a semejantes accidentes; cualesquiera que sean las formas en que la imaginación humana, vehemente o menguada, haya

revestido esa fe en lo inmenso y esa ansia de salir de sí, y esa noble inconformidad con ser lo que es, en que se generan todas las escuelas filosóficas.”

Hay momentos en los cuales Martí llega a fundir filosofía y poesía y se muestra como perteneciente a la categoría de los poetas metafísicos como Lucrecio, Emerson, Whitman, Blake, Santayana. Martí sabrá aunar también ciencia y filosofía con la poesía: “Donde encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas, y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, todo es uno y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día.” ¿Ni qué mayor poesía que la que, a manera de selva anárquica, va surgiendo ante los ojos a la lectura de un libro científico, en que se revela la grandiosidad, armonía y espíritu de la naturaleza?”

“La naturaleza humana —dice Martí— y, sobre todo, las naturalezas americanas, necesitan que lo que se presente a su razón tenga algún carácter imaginativo; gustan de una locución vivaz y accidentada; han menester que cierta forma brillante envuelva lo que es en su esencia árido y grave. No es que las inteligencias americanas rechacen la profundidad; es que necesitan ir por un camino brillante hacia ella.”

El autor no sólo expone todas y cada una de las ideas filosóficas y anexas de Martí con lujo de citas textuales y de comentarios, sino que además presenta la postura de Martí con respecto a cada una de las disciplinas filosóficas y científicas y también respecto de cada uno de todos los filósofos que en el mundo fueron hasta la época de Martí.

El primer libro de esta obra que lleva como subtítulo “Hombre y escritor” está dedicado a presentar los principales aspectos de la personalidad de Martí. El Apóstol Martí poseía una sana a la vez

que rara locura, y afirmaba que “hay locuras eternas: también es cierto que toda redención y toda alteza nacen en forma extraña de locura”. En realidad, dice Agramonte, se trata de la locura del genio. Diferenciando, pues, la locura del genio y del Apóstol frente a la locura vulgar, Martí, con la ironía propia de lo verídico, afirma que “la verdadera grandeza es la mayor locura”, como “osar lo justo es poner en riesgo a sus conciudadanos”; y “no ser loco es ceder a toda indignidad privada o pública”. “Yo soy siempre aquel loco incorregible que cree en la bondad de los hombres y en la sencillez y naturalidad de la grandeza.” Y en otra ocasión escribió: “es admirable el poder de la voluntad —tenaz y honrada—. . . Por imaginativo y exaltable que yo sea, he sufrido y pensado bastante para que en mi corazón no quepa gozo que mi razón no crea completamente justo. Lo imposible, es posible. Los locos somos cuerdos. Aunque yo no cobijaré mi casa con las ramas del árbol que siembro”, tal es la premonición y certeza de su inminente inmolación y muerte.

Agramonte dedica muchas páginas a comentar las características de Martí como escritor y como orador. Y, a este respecto, recuerda una afirmación de Martí: “no hay como pensar firmemente para hablar elocuentemente. Lo que está definido en el juicio será de seguro bien puesto en los labios”.

Sigue un pormenorizado análisis y una copiosa ejemplificación del estilo y de los símbolos empleados por Martí.

El capítulo II está dedicado a los conceptos metafísicos fundamentales. De entrada, Martí define la metafísica como “el conjunto de verdades absolutas que sirven de leyes explicativas y fundamentales a todos los conocimientos humanos”. Martí busca siempre lo esencial, lo sustancial, lo intemporal, lo fundamentado, lo duradero. Comenta Agramonte “su actitud filosófica es a la manera de Max Scheler, que, embriagado de esencias, concibió el aspirar a una

cultura como un buscar con clamoroso fervor una efectiva participación en todo cuanto en la naturaleza y en la historia es esencial al mundo, y no mera existencia o modalidad contingente." Era aquel amor platónico al mundo y sus valores, a las esencias cósmicas de toda clase; y eso fue su *filo-sofía*: anhelo nunca satisfecho de búsqueda de lo esencial. Claro es que distingue entre *esencia* y *existencia* al decir: "la esencia humana ha de vivir determinados días con existencia terrenal". Distingue entre lo auténtico y lo postizo e insiste en la necesidad de fundar, esto es, fundamentar. "Estudien los que pretenden opinar. No se opina con la fantasía, ni con el deseo, sino con la realidad conocida, con la realidad hirviente, con las manos enérgicas y sinceras que se entran a buscarla por lo difícil y oscuro del mundo." No se cansa de insistir en la urgencia de ir a la realidad y proscribire el sueño pueril y la *vocación retórica*.

El libre albedrío es el motor determinante de la vida del hombre entero y verdadero; es lo que expresa: "el libre albedrío está sobre la ley del progreso fatal: la voluntad es la ley del hombre: la conciencia es la penalidad que la completa". Agramonte considera que Martí fue un marcado tipo psicológico humano de carácter prometeico, según el concepto de Jung. Minimiza el factor del azar y, en cambio, subraya la decisiva importancia del carácter.

Martí se adhiere en su filosofía primera al principio de la *razón*. Lo que esta deidad demuestra es lo único verdadero y cierto para él; lo demás, cuando más, es probable. Lo racional es siempre efectivo, y lo efectivo es siempre real y racional. Partiendo de esta premisa llega a —y proclama— esta conclusión: la razón es la ley de la realidad, es más: lo que podemos hacer o evitar se explica, porque lo hacemos o evitamos. "Lo que no podemos hacer ni evitar no se explica, porque si no lo haríamos o lo evitaríamos."

Lo que es tiene razón para ser. Se

trata del principio de razón suficiente.

Razón es esa facultad superior, por la cual el hombre llega a desprender la idea pura de su envoltura sensible, a captar un orden inteligible. La razón es innata; y ella es la hermana siamesa de la inteligencia. Martí mitigará esta realidad —o completará este aserto— al realzar parejamente el factor sentimiento, aunque afirmando la autoridad cuasi soberana de la razón. La razón es, pues, sólo uno —si bien sobre manera importante— de los componentes de su doctrina integral. Recuértese que ésta es armoniosista. Lleva su racionalismo hasta el siguiente punto: "si la razón es innata en todo lo que es —si nace con lo que es—, las cosas que no tienen razón no son". Agramonte comenta que el racionalismo eleático y el de Platón, cuya teoría de la autosuficiencia de la razón se convirtió en principio del neoplatonismo..., tienen un exponente en Martí.

"Lo que es tiene razón para ser". Esta afirmación es característicamente propia del idealismo de Hegel. Recuértese que Martí vive durante su juventud universitaria en España en medio del hervor del movimiento krausista, en el cual se dan reflejadas algunas dimensiones de Hegel, si bien las más de las veces atenuadas.

Martí concibe materia y espíritu como reinos aparte y añade una interpretación que es común a su pensamiento y al sistema krausista: "Yo creo en la divinidad de mi existencia y a la vez toco y miro y creo en la miserabilidad de mi existencia... Me pregunto: ¿Qué soy yo? Tengo una absoluta convicción: que lo que yo soy no me lo debo a mí mismo. Yo no nací por mi voluntad: yo no me di al nacer lo que en mí vale; lo que hay en mí es sólo mío en cuanto temporalmente es ello en mí. Yo soy lo que soy, sin que yo sea responsable de tener un espíritu que no pude elegir, y sin que yo pueda vanagloriarme de un alma que yo no creé."

Encontramos en Martí ciertos puntos

que tienen el sabor de un antecedente de la filosofía de la vida humana. La existencia humana "es la mutua e indeclinable relación entre lo subjetivo y lo objetivo. En el hombre hay una fuerza pensante, pero esta fuerza no se despierta ni desarrolla sin cosas pensables. El yo es soberano porque existe el no-yo. De la acción del yo sobre el no-yo nacen las verdades concretas que llevan al conocimiento de la abstracta y absoluta verdad". Completa lo antecedente con un paso más, al formular esto: "el ser se forma de sí y de sus relaciones con los seres. El yo no es más que el ser".

El yo puede entrar dentro de sí mismo y se encuentra con esto: "Yo, esto es: una personalidad briosa e impotente, libérrima y esclava, nobilísima y miserable, divina y humanísima; delicada y grosera, noche y luz." Topamos aquí con un ejemplo del axioma de la unidad de contrarios, hecho introspección. Yo y no-yo son desde luego los términos de la ecuación de la realidad.

"El principio de conocimiento de las cosas está en las cosas mismas. Se conocen tantas cosas como cosas hay. Cada cosa es principio de conocimiento de sí. El universo es la reunión de todas las cosas, lo que implica reunión de todos los principios del conocer de las cosas. El universo es el principio de los conocimientos humanos. El yo no es un principio absoluto de los conocimientos humanos. Es un agente dispuesto a conocer."

Sobre cuál sea el principio fundamental adopta tres direcciones, a saber: la primera se condensa en la fórmula de Cartesio: yo pienso, luego yo soy; la segunda se basa en el principio de no contradicción; la tercera se apoya sobre el principio de los cartesianos.

En el capítulo 3 del libro II el autor estudia los principios cardinales de la filosofía según Martí. Compara el trascendentalismo de Martí con el de Emerson. Expone y comenta minuciosamente los siguientes principios: 1. Legalidad universal: el macrocosmos y el micro-

cosmo, lejos de ser en su naturaleza un caos, constituyen un cosmos regido por leyes. 2. El principio de unidad de los contrarios o de la polaridad; y compara la doctrina martiana con muchas otras, sobre todo con teorías contemporáneas. 3. La ley de compensación. Todo acaba por equilibrarse o compensarse en el mundo: se produce una calamidad y luego ésta es compensada en años de reconstrucción; la noche es la recompensa del día, así como la muerte es la recompensa de la vida. 4. Existencia de un plan universal: la existencia de leyes universales, la unidad de los contrarios, y el principio de compensación derivan a su vez de la preexistencia de un plan del universo, lo que postula *ab initio* "el orden general de Creación" (algo parecido a la ley natural inserta en el cosmos según los estoicos). 5. El principio de identidad universal, y, a su lado, el principio de analogía universal: el universo encierra muchísimas cosas diferentes y, sin embargo, todo es uno; y toda cosa, en sí, es suma y clave del conjunto de las cosas. Otra identidad y a la vez polaridad complementaria es la del macrocosmos y el microcosmos. "En la fábrica universal no hay cosa pequeña que no tenga en sí todos los gérmenes de las cosas grandes." 6. Principio de armonía universal. 7. Principio de la evolución cósmica, que culmina en el Homagno, similar al superhombre, al hombre simbólico, al hombre místico, a la individualidad superba, que con todas estas equivalencias podría caracterizarse. 8. Principio de amor universal, el *ordo amoris*, considerado como una fuerza, como una ley del universo, en sentido análogo a Marco Aurelio, de modo que en la razón nos hace ver la simpatía universal, cósmica, de un universo en que todo aspira hacia lo afín, afinidad que se da hasta en las estrellas. También Giordano Bruno sostuvo que el mundo se componía de elementos irreductibles, que operan obedeciendo a leyes de relación o amor, según un principio panteísta.

En el capítulo siguiente el autor presenta una larga serie de aforismos, los cuales bien pudieran ser de Nietzsche.

En fin de cuentas, considera que la filosofía es el intento de buscar una respuesta a las siguientes preguntas: ¿qué somos? ¿qué éramos? ¿qué podemos ser? O expresándolo de otra manera: la indagación sobre el yo; la indagación sobre lo que no es yo; y cómo yo me comunico con lo que no es yo, éstos son los tres objetos de la filosofía. Y en el yo se distingue entre lo que hay de propio individual y lo que hay de adquirido y puesto.

En definitiva, la filosofía se ocupa del conocimiento de las causas, de las causas de los seres, de sus distinciones, de sus analogías y de sus relaciones.

A pesar de las muchas influencias revividas del idealismo, principalmente el alemán, Martí dice que está dispuesto a investigar lo que no sabe. La razón no conoce la cobardía filosófica; analiza lo que siente: estudia todo lo que ve.

Sentir lo infinito en lo finito se ajusta a la tradición filosófica emersoniana; y para ese conocimiento trascendental, Martí da suma importancia a la experiencia interior, aquella que se manifiesta en Descartes, aquella que se da en Maine de Biran, en Bergson y en lo más genuino de la tradición filosófica de Francia. La experiencia íntima es la base más firme del conocimiento: ¿cómo me ha de negar el derecho de conocer una experiencia que siento en mí propio? Nótese que Martí no habla de la "experiencia científica", "lógica", sino de otra experiencia, de la experiencia humana, interior, vivida, vivencial, la que siento en mí propio, y que resulta inefable.

La filosofía no es propiamente una ciencia: es una potencia, es una condición del ser humano, es una fuerza.

A continuación, en el capítulo 4 del libro II el autor expone el juicio u opinión que Martí se formó sobre cada uno de los filósofos antiguos, medievales y modernos.

El libro III está dedicado a los temas: vida, existencia, trascendencia.

Agramonte considera que cabe incluir a Martí en el grupo de los filósofos de la vida del siglo XIX y del XX; y lo compara especialmente a Nietzsche y Dilthey.

"La exuberancia de vida es vida al fin." "¡No es grande el que se deja arrebatar por la vida sino el que la toma!" "La vida se ha de llevar con bravura." "La vida es como todas las cosas, que no debe deshacerlas, sino el que puede volverlas a hacer. Es como robar, deshacer lo que no se puede volver a hacer. El que se mata es un ladrón." Agramonte entiende que Martí comparte los mismos problemas con los dos filósofos alemanes indicados y también con el inglés Carlyle. "Esos cuatro filósofos mencionados tienen ante sí los mismos y centrales problemas, y desarrollan muchos temas comunes: el tema de la vida, su valor y significación, el problema de autenticidad o de la verdad frente a los convencionalismos, el papel del hombre de genio, o del héroe, y de lo heroico en la vida, el valor supremo de lo espiritual para el individuo y para los pueblos, los tipos de cosmovisión, el hombre como ser histórico, el albedrío de los valores y la transvaloración de los valores." Martí coincidirá con Eucken en la tesis de la primacía de lo espiritual en la vida.

La vida es un extraordinario "producto artístico". "La vida es una novela." Pero la vida es también un misterio y como tal tiene un velo que la encubre. "Es necesario mantener al hombre en el conocimiento y trascendencia de la vida." Es que este bien "es sólo un juguete para los imbéciles, pero es un templo para los verdaderos hombres". En el prólogo a su traducción del libro *Mis hijos*, de Victor Hugo, afirma: "porque yo cavo en los misterios de la vida; pero él ha cavado ¡oh, más, mucho más hondo que yo!" Bueno será recordar que Sarmiento comparó a Martí con Victor Hugo.

Martí escribe: ¡“La vida es inspiración, la vida es fraternidad, la vida es estímulo, la vida es virtud!” “¡Qué hermoso espectáculo el de la variada, indómita, infatigable, sedienta vida humana!” Pero en su soledad se tejen meditaciones como éstas: “Mis amarguras son éstas de mi vida, que provienen precisamente de vivir. Si fueran piedra preciosa, serían ópalo. De soledad me vienen”. “La vida se pone toda, para las almas excelsas, en una copa amarga”. En un poema habla del vino amargo de la vida. Y en una carta a un amigo suyo dice: “Verás cómo la vida es fruta áspera, que rompe los labios”. Parece que hay muy pocos momentos de felicidad verdadera en la vida de Martí. “La vida tiene horas de oro en que salta, escala y bulle la gloria por las venas”.

“Nacen a un tiempo en todo ser los elementos de la vida y los de la muerte. Lo he oído; y ya lo digo: la vida es la antesala de la muerte”. “Los muertos no son más que semilla y morir bien es el único modo seguro de continuar viviendo. De nuevo trae a su argumentación el axioma de polaridad, al unir los términos antitéticos de vida y muerte. Por una parte, considera la vida como un *don*, y sostiene que el que se mata es un ladrón. Y la reafirma como valor en sí: “del espíritu vienen dichas que hacen innecesaria la muerte, porque contienen el desvanecimiento de gozo y descanso lumínico que a la muerte, más por esperanza que por certidumbre, se supone.” De ahí que “la vida se ha de llevar con bravura y a la muerte se la ha de esperar con un beso”. Abundan en el repertorio del meditador afirmaciones valerosas como éstas: “a la pena se la ha de cortejar, en vez de huir, porque el que renuncia a sí y se dona, entra desde esta vida en un goce de majestad y divino albedrío, por donde el espíritu enlazado con el universo, pierde la noción y el apetito de la muerte”. En suma, vivir es una forma de morir.

Mencionemos algunos de los hechos

de la vida y aludamos a sus correspondientes leyes. “Para Martí en el orto moral las leyes primarias de la vida son las que rigen los sentimientos fundamentales de *valor*, *decoro* y *honor*. Otro tríptico es *dignidad*, *decoro* y *deber*. En un ulterior grupo consigna que los hechos vitales son gobernados por sus respectivas leyes de la prudencia, la ternura y la resignación. Frente a todos esos valores encontramos los correspondientes antivalores o contravalores.

Agramonte considera que en alguna medida y desde ciertos puntos de vista podría tenerse a Martí como precursor de la descripción que Ortega y Gasset hace de la vida humana, cuando éste la presenta como coexistencia y correlación entre el yo y su circunstancia o su contorno. Agramonte busca textos de Martí en los cuales éste habla de la naturaleza del hombre por una parte y de las condiciones y circunstancias con las que tiene que habérselas. Ciertamente, pero, francamente, me parece un poco exagerada esa apreciación de Agramonte en el sentido de considerar que Martí se anticipase a la concepción orteguiana.

Agramonte subraya la doble dimensión de la personalidad de Martí, duplicidad que experimentó él mismo con mucho dramatismo. Dice Agramonte: “en el vaso de su espíritu bregaban la vida de la idea en sí y la vida de la acción, que era su imperativo categórico: era la lucha entre el ideador puro, por un lado, y el batallador real, por otro; entre el calculador y el avisado transformador; ... entre el poeta y filósofo y el guerrero de todos los frentes. Era la lucha entre dos dharmas en una misma persona. El predominio del segundo pondría fin a su hermosa vida.”

Martí se propone enfocar el tema de la genuinidad en la vida del hombre frente a la existencia inauténtica, artificial y falsa, hundida en los convencionalismos sociales. Éstos ahogan muchas veces la vida legítima, esto es, la vida auténtica y crean una especie de vida postiza.

Sobre la vida auténtica, Martí escribió

párrafos muy inspirados; y a la genuinidad de la vida ligó la idea de los derechos naturales del hombre.

Al señalar como misión del hombre el empleo de sus facultades naturales, Martí recalca y reivindica los fueros de la vida íntima, el recinto de la conciencia, y formula su cara tesis en estos términos: un individualismo creador, lo cual justamente es lo opuesto a todo absolutismo autoritario; y es la negación del hombre-masa. “¡Oh, no hay cosa como ésta de vivir por sí propio! ¡Oh, no hay crianza como la de esta vida directa, esta lección genuina, estas relaciones ingenuas y profundas de la naturaleza con el hombre, que le dejan en el alma cierto perpetuo placer de desposado, a quien no engañó jamás su amada! Así se ejemplifica en hombres en que la mejor nodriza es la dificultad, y cuya vida no es el reflejo de libros, que pueden falsear la existencia, ni de tradición de familia, que echa al hombre a vivir cargado de cadenas, ni copia de alma ajena”... “¡Por eso anhelamos vivir con originalidad, en estos tiempos desgraciados en que desfallecemos de copia! ¡La vida nos llega ya recalentada y deforme, y morimos a veces sin haber tenido tiempo para hallarnos a nosotros mismos!” “Cuando el hombre nace, están en pie junto a su cuna, con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, todas las filosofías, las religiones, los sistemas políticos. Y lo atan, y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embriado. Yo soy caballo sin silla. De nadie recibo ley, ni a nadie intento imponerla. Me salvo de los hombres y los salvo a ellos de mí. Vengo a la preocupación que viene de fuera y a la ambición, que viene de dentro.”

“Garantizar la libertad humana —dejar a los espíritus su frescura genuina— no desfigurar con el resultado de ajenos prejuicios las naturalezas vírgenes —ponerlas en aptitud de tomar por sí lo útil, sin ofuscarlas ni impelerlas por una vía marcada—; he ahí el único

modo de poblar la tierra de una generación vigorosa y creadora que le falta”.

Entre otros, Agramonte produce el siguiente comentario: “aplicado a los sistemas sociopolíticos, el oponerse a impeler la naturaleza por una *vía marcada* es evitar todo absolutismo (totalitarismo, en el lenguaje contemporáneo), que es falsificación de la persona humana o supresión de ella. En este sentido, Martí sostiene que la vida es *vocación*, con estas palabras: “es preferible no ser, a no ser sincero. Sinceridad es vocación.” “La libertad política no estará asegurada, mientras no se asegure la libertad espiritual. Urge liberar a los hombres de la tiranía de la convención, que tuerce sus sentimientos, precipita sus sentidos y sobrecarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso.”

Reiteradamente proclama la supremacía del espíritu por encima de las exigencias de la materia: “la poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida”.

Muchas páginas dedicó Martí a la exaltación de la mujer. “La mujer es no como nosotros, sino como una flor, y hay que tratarla así, con mucho cuidado y cariño...” “Sin sonrisa de mujer no hay gloria completa de hombre”. Martí añora el hogar estable y acogedor, y se refiere al suyo propio deshecho por la ausencia de afinidad conyugal, en medio de los accidentes de la lucha por la gran causa. “Vagabundo y como sin objeto anda el ser vivo por la tierra, si no tiene, en cada encuentro rudo para su frente sulfurosa y herida, asilo de algún seno de mujer.”

A los valores los llama Martí “objetos de la vida”, y alude a los siguientes: el amor al semejante, pensar bien, el trabajo, el orden, la hermosura, la gracia, la belleza, lo sublime, el éxito, la



gloria, la paz, la perfección, la grandeza y otros.

“Taller es la vida entera, taller es cada hombre, taller es la patria.”

Agramonte insiste en encontrar en Martí temas que se relacionan con la posterior filosofía de la existencia, cuando aquél describe diversas situaciones de la vida, entre ellas: la existencia como preocupación, o como ansia, o como angustia, o como agonía; o de la existencia como deber.

Subraya sobre todo la preocupación, que consiste en ocuparse anticipadamente —verdadera vigilia del espíritu— de lo que ha de advenir, al mismo tiempo que cuidado.

También habla Martí de la náusea, refiriéndose a la desazón que los corazones limpios sienten en la compañía forzada y abominable de los hombres que en una u otra forma venden su honor al interés.

También emplea Martí en sus escritos los conceptos de desolación y desesperación, así como reiteradamente el de agonía.

El tema de la muerte fue tratado por Martí muchísimas veces y en varios de sus diferentes aspectos. Dice Agramonte: “En Martí de acuerdo con el temple dramático de su alma, la muerte inminente y el deceso en sí se convierten en tema central y reiterado de sus meditaciones, a lo largo de todos sus escritos. Y la primera nota esencial que adscribe a la muerte es la de constituir un misterio; el misterio del hombre, ahora lumbre y aliento, luego polvo y ceniza: es el misterio tremendo que cae en el orden transracional, y va a originar la religión.”

Martí aceptó el renacimiento de las almas y la reencarnación de éstas: un retorno del espíritu, ya en la misma forma, ya en forma distinta, que parece entroncar con las creencias escatológicas de tipo hinduista y otras de semejante cariz reencarnatorio —aun dentro del moderno espiritismo, que ve de modo análogo la evolución del espíritu.

Martí creyó en la recompensa, o, en su caso, en el castigo, de ultratumba. “La muerte es una victoria, y cuando se ha vivido bien, el féretro es un carro de triunfo.” “La muerte de un justo es una fiesta, en que la tierra toda se sienta a ver cómo se abre el cielo.”

Por una parte, Martí dice que “la creencia ciega en verdades no probadas, y que no tienen medio humano de probarse, destruye la dignidad de la inteligencia y la del carácter”. Sin embargo, por otra parte afirma que el hombre es eminentemente religioso: hay un tipo de creencia de orden superior: “el amor no es más que la necesidad de la creencia: hay una fuerza secreta que anhela siempre algo qué respetar y en qué creer. En fin de cuentas, el hombre es esencialmente religioso”. “Dios quiere que como de los detritus de una planta nazca otra, sobre las ruinas de una creencia se elevé otra.” Hay una fe natural, espontánea, intuitiva, directa, que se basa en una congruencia entre el orden de la razón y el orden del corazón. En cambio, Martí rechaza la fe dogmática, que pretende basarse sobre una autoridad. Pero Martí se declara “pura y simplemente cristiano, sin perjuicio de plantearse ciertas dudas escriturarias a solventar, ya en las religiones más antiguas, ya en la historia del proceso del cristianismo”. Así, entre sus cavilaciones de juventud, una de ellas es la referente a la redención, que constituye un misterio. Martí afirmó también que creía en el cielo, entendido como el estado de bienaventuranza en que el hombre ve cara a cara a Dios. Pero no creyó en el infierno.

Martí relaciona a Dios con la conciencia. No podría concebirse a Dios sin la conciencia moral. El Dios-conciencia es “el pensamiento inspirador de todas las religiones, el germen eterno de todas las creencias, la ley irreformable, la ley fija, siempre soberana de las almas, siempre obedecida con placer, siempre noble, siempre igual —he aquí la idea poderosa y fecunda que no ha de pere-

cer, porque renace idéntica con cada alma que resurge a la luz; he aquí la única cosa verdadera, porque es la única por todos reconocida; he aquí el eje del mundo moral —he aquí a nuestro Dios Omnipotente y Sapientísimo.”

Martí estudió la mayoría de las religiones más importantes. Agramonte expone los comentarios que cada una de dichas religiones suscitó en Martí.

Martí, en su veta mística que comparte con el trascendentalismo emersiano, cree en la pre y en la post-existencia. “Allá en otros mundos, en tierras anteriores, en que firmemente creo, como creo en las tierras venideras —porque de aquellas tenemos la intuición pasmosa...” A lo que añade: “ese conocimiento previo de la vida revela la vida previa —y a la vida venidera hemos de llevar pensamiento, energía y estas incumplidas ansias con que salimos de esta vida...” “Toda muerte es principio de una vida.” Es más, como “la noche es la recompensa del día, la muerte es la recompensa de la vida”. “De aquí nos vamos sin que la voluntad se sacie, sin que los deseos se cumplan, sin que la necesidad se satisfaga: vamos, pues, después de aquí, a donde tienen satisfacción y cumplimiento la voluntad, la necesidad y los deseos.” Observa Agramonte que “la concepción religiosa martiana sobre la trascendencia se basa en la forzosa limitación terrenal del ser humano —otra vez la metáfora platónica de la cárcel; y en la creencia en una justicia compensatoria trascendente”.

“Del sufrimiento, como el halo de la luz, brota la fe en la existencia venidera.” “De todo lo vivo se desprende una justicia definitiva y universal, que asegura la próxima compensación de las desigualdades e injusticias de la tierra.” “Morir es volver lo finito a lo infinito.” “Morir es seguir el viaje.”

Martí concibe a Dios, como un Padre Creador, cuya obra es la Creación; y se refiere a la grandeza de la Creación y habla del sonoro taller de la Crea-

ción. “Me veo libre, inteligente, fuerte, sensible, y como veo que todo tiene una causa, y yo no puedo ser causa de mí mismo, sé por mi propio ser que he sido creado por quien tiene la plenitud de la inteligencia, fortaleza y libertad; y ha de tener la plenitud, porque yo la concibo, y la adivino, y la amo y la ansío.” “Dios es. La idea de *sustancia creada* envuelve en sí la idea de *esencia creadora*. Y *sustancia creada* como somos, nos rige un algo que llamamos *conciencia*; nos dirige otro algo que llamamos *razón*; disponemos de otro algo que llamamos *voluntad* —voluntad, razón conciencia—, la esencia en tres formas. Si nosotros, *vida creada* tenemos esto, Dios ser creador, *vida creadora*, lo ha de tener. Y quien tanto da mucho tiene. Dios es, pues. Y es la suprema conciencia, la suprema voluntad y la suprema razón.” En suma, es persona. Y Martí habla de la “dulce y temerosa dependencia en que toda criatura se siente para con el desconocido Creador”.

Martí cree en Dios porque lo comprende. Pero no cree en la providencia porque su razón no le hace ver sus efectos ni sentir su necesidad.

Comentando la teodicea de Martí dice Agramonte: “¿Deísta acaso? ¿o teísta, según otros pasajes suyos? Siempre será difícil encuadrar a Martí en un ismo, a lo cual siempre fue refractario del todo. Y aún quedaría por dilucidar cómo puede compaginarse en el pensamiento religioso de Martí un Dios que sufre por el hombre y la idea de un Dios absentista, solo Arquitecto de las primeras colocaciones del universo. Y en cuanto a la verdad del teísmo o de las numerosas variantes del deísmo, habría que decir con Lotze: Dios sabe mucho más.”

Martí dice que somos de esencia divina. “Tenemos la *experiencia* de Dios o de lo divino.” “Yo siento en mí a este Dios, yo tengo en mí a este Dios; este Dios está en mí.”

Martí mantuvo la doctrina de que hay ideas innatas, las cuales se nos revelan mediante una intuición.

Agramonte sostiene que Martí era un espíritu profundamente religioso, pero herido en esa su religiosidad por las prácticas oficiales de la Iglesia católica que servía a los intereses del colonialismo español. Martí quería "una religión directa, sincera, no ritualista, no externa". Proclama que "no hay rito mejor de religión que el libre uso de la razón humana".

En todo caso "es preciso sustituir el servicio incondicional de un culto solo, con el respeto a todos los cultos que la ley ampare y reconozca, sin que respetarlos a todos implique odiar a ninguno.

El hombre en general debe tener una religión, "el hombre tiene necesidad de venerar". Pero no se ha de oprimir a ninguna religión: "nadie tiene el derecho de compeler a nadie. Ni librepensadores a católicos, ni católicos a librepensadores. —¿Qué diría un católico sometido a la ley turca?; ¡oh, mi alma! ¡la libertad de mi alma!...".

Martí, cartesianamente, establece la existencia de dos principios o de dos sustancias irreductibles la una a la otra: el pensamiento y la extensión, lo anímico y lo corpóreo, lo espiritual y lo material.

El espíritu tiene muy variadas manifestaciones, pero Martí postula la unidad del mismo.

Martí emplea la palabra "alma" en una polivalencia de múltiples y varios sentidos. Sin embargo alguna vez intenta definirla, por ejemplo, en los términos siguientes: "el alma es la facultad de observar, buscar y transmitir en cuanto piensa; de recibir impresiones en cuanto *siente*; y de causarlas en cuanto se *mueve*". Al alma pertenecen las facultades intelectuales, sentimentales y volitivas, pero no las *sensibles*; pues la sensibilidad no es facultad del alma. La facultad es el lazo de unión entre el alma y el cuerpo, es la manera de relacionarse el alma con el cuerpo. La sensibilidad es "propiedad exclusiva de la materia humana, infinitamente inferior a las nobles propiedades del alma".

El espíritu atraviesa por una larga cadena de purificaciones o de encarnaciones hasta llegar a Dios. "Esencia, cadena entre el hombre y Dios, cuyos eslabones son espinosos y van siendo cada vez más cortos. Sin embargo es larga la cadena, lo que le falta al hombre para llegar a Dios."

En cuanto a su concepto de la naturaleza humana, Martí está muy influido por el racionalismo moderno, esto es, del Siglo de las Luces. "Siendo una en todos los hombres la naturaleza humana, y uno siempre en torno de ellos el resto de la naturaleza en que el hombre influye, y que influye en él, unos han de ser los actos humanos cada vez que el mismo grupo de datos, el mismo estado nacional, la misma penuria económica, la misma irregularidad política, la misma concurrencia en el espíritu de elementos semejantes se presenten..." "La naturaleza del hombre es por todo el universo idéntica."

Y Martí sostiene la norma de vivir de acuerdo con la naturaleza, norma a la vez estoica y propugnada por Rousseau.

Mucho especuló Martí sobre la naturaleza de la inteligencia, del talento y del carácter; y sobre la índole de los individuos geniales. El genio ve antes de estudiar lo que la mente suele alcanzar sólo después de haber estudiado. El genio es anteciencia y antevista.

Agramonte recoge con minuciosidad la opinión que Martí tuvo de los principales poetas, novelistas y dramaturgos y de los grandes músicos, así como también sobre los personajes creados por aquéllos. Agramonte hace lo mismo respecto de los juicios martianos sobre los grandes pintores.

En todos esos juicios se percibe claramente "el imperativo martiano de lo *egregio* frente a lo vulgar y profano, contraste que Martí acentúa en numerosos escritos". "La aristocracia del espíritu de estos tiempos nuevos ha sustituido a la aristocracia degenerada de la sangre." Habla de "la aristocracia de la inteligencia, sin lo que no se puede ser

demócrata perfecto". Contraponen hombre y rebaño: "hombres que estudian las raíces de las cosas. Lo otro es rebaño, que se pasa la vida pastando ricamente. . .".

Su carácter de hombre de acción le hace rechazar la duda y censurarla acremente, hasta el punto de sostener que es falsa la actitud de duda universal.

Rechaza la duda también en virtud del sentido racionalista que domina todo su pensamiento.

Sin embargo, a pesar de su racionalismo, concede una gran importancia a la intuición, que define como "esa inspiración sagrada, esa insensatez divina, esa maravillosa palabra interior que viene hecha, y da a la ciencia que no sabe, y la previsión de lo que no se ve, y es razón acumulada que como una estrella que estalla, sube de repente del pecho al juicio, y guía y avienta en él todas las vacilaciones".

Existen dos clases de verdades: la verdad lógica y la verdad moral. La primera es la de la ciencia, la de la física, la de la química, la de la botánica, la de la matemática; la segunda es la verdad humana, o la que se abre paso en las relaciones humanas.

Comenta Agramonte: "En Martí hay un sopesado equilibrio entre el mundo de las ideas, el reino de lo afectivo y el ámbito de la voluntad que energiza la acción. Este tríptico del espíritu es determinante de la armonía del mismo, de su hermosura, y de la certeza en la función de dirigir que es la propia del espíritu. El pensar martiano está en todo momento galvanizado por esa unidad del espíritu. Unía las ideas sumas al sentimiento más puro y a la acción más útil y eficaz."

A continuación Agramonte presenta con todo detalle el pensamiento de Martí con respecto a las pasiones del alma, al dominio de ellas, a sus varias clases. Sigue después una teoría del amor, primero del amor entre mujer y hombre, en todas sus formas y modalidades, así como también en todos sus com-

ponentes espirituales y carnales. Trata después del amor en general y la amistad.

Sigue Agramonte transcribiendo los pensamientos de Martí en materia de filosofía del dolor, sobre el padecer físico y sobre el padecer moral. Sobre sus resonancias y efectos de carácter ético, dice: "Del sufrimiento, como el halo de la luz, brota la fe en la existencia venidera. . . ; el dolor. . . conforta, acrisola y esclarece."

Transcribe después las opiniones de Martí sobre los sentimientos inferiores, el odio, la ira, el resentimiento, el rencor, la envidia. Sobre la envidia dice "El que desmaya ve con ojos de ira al que no desmaya; el perezoso al laborioso; el que se doblega a la adversidad, y precipita su derrota con su cobardía, aborrece al que sonríe a la adversidad y, como mago a serpiente la seduce, la duerme y la domina."

Continúa después la exposición por menorizada sobre los puntos de vista martianos acerca de los sentimientos de superioridad (orgullo, altivez, arrogancia, soberbia, vanidad y ambición).

Prosigue el libro con una exposición de las ideas martianas sobre el ámbito de la voluntad y la doctrina de la acción. No se olvide que Martí fue sobre todo un hombre de acción. "Hacer es la mejor manera de decir", "hacer es el brazo del pensar". "Es un delito dejar de hacer." "Si inspiramos fe es porque hacemos lo que decimos."

Martí repudia la utilización de medios reprobables para la obtención de un fin, por elevado que éste sea. La revolución cubana por la independencia "debía nacer sana desde sus raíces".

Martí canta el entusiasmo en contraste con la indiferencia y la cobardía; y desenvuelve una especie de fenomenología de la voluntad.

Uno de los últimos capítulos de esta obra está dedicado a exponer los puntos de vista de la ética de Martí.

"Cada ser humano lleva en sí un hombre ideal." Eso que Martí expone en

teoría es el reflejo de su vida moral heroica y abnegada.

“Puesto que la Naturaleza humana es esencialmente buena, apenas ve junto a sí modelo noble, se levanta hasta él.”

Martí hace de la conciencia moral el punto de partida de su doctrina ética, y la caracteriza como sigue: “¡Cierto aplauso del alma y cierto dulce modo interior de morir valen por todo!” “¡No hay para mí más ley que la satisfacción de mi conciencia!”

“La conciencia moral es una especie de luz natural cartesiana. El arrepentimiento no empieza sino en el horror y vergüenza de la culpa.”

Otro sustentáculo de la ética martiana es el libre albedrío. Numerosas sentencias corroboran esta posición libre albedrista, frente a todo determinismo exógeno, psíquico o sociológico. “El hombre en la tierra es dueño de sí mismo.” Formula el imperativo: “Sé el que eres.” “¡Sea rendido tributo al que tiene el valor de ser quien es!” Albedrío es autenticidad, autorrealización. “Es preferible ser soldado de sí mismo, a serlo de un emperador.” Se trata de una insólita reciedumbre individualista, de un individualismo no atómico y egoísta, sino creador.

“Lo que unge grande al hombre es el desamor de sí por el beneficio ajeno.”

Martí desarrolló una metafísica y ética del bien; y toda una teoría de la virtud y de las virtudes y como complemento de las contravirtudes (de la villanía, vileza y vicio hasta la infamia y el crimen).

Martí se ocupó también de la teoría de la justicia, la cual por de pronto define como “la adaptación de la ley positiva a la ley natural” con lo cual hace una profesión de fe iusnaturalista.

El concepto ético de felicidad, dice Agramonte, en cuanto ésta ha de ir unida a la virtud, o ser un derivado de ella, es central en la filosofía de Martí. Sin embargo, en una ocasión, Martí escribe: “Yo tengo la fortaleza de la desventura, pero no tengo el arte de la

felicidad.” Martí dedicó estudios especiales a la pureza, la austeridad, la lealtad, la fortaleza, la honra, la honradez o sinceridad, y al sentimiento de la propia dignidad.

Martí profesó una especie de culto religioso del deber. “Sólo en el cumplimiento triste y áspero del deber está la verdadera gloria.” “Haga cada uno su parte de deber y nadie puede vencerlos.” Comenta Agramonte: “Quien está donde éste está —que para el apóstol Martí era allí donde el hombre es más útil, en lo que une un rigorismo de tipo kantiano a un utilitarismo social— actúa con justeza.”

En el último capítulo ofrece Agramonte un resumen de la filosofía cubana desde el punto de vista de Martí.

Los límites de una reseña no permiten que ésta refleje todo el amor, toda la minuciosidad, que Agramonte ha puesto en este libro gigantesco, gigantesco por su tamaño y por la importancia de su contenido. Bastante conocida es la filosofía social y política de Martí; pero no había ni remotamente una constancia tan cabal de su concepción del mundo antes de que Agramonte publicara esta obra cumbre.

LUIS RECASÉNS SICHES

Πλάτωνος Πολιτεία, Platón, *La República*. Versión, introducción y notas de Antonio Gómez Robledo. *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1971.

La Biblioteca Clásica Bilingüe de la Universidad de México publica con el presente volumen el tercero traducido y comentado por Antonio Gómez Robledo; éste, como los otros, muestra de su consagración al estudio de la filosofía